

La recepción krausista de Swedenborg

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. GONZALO FERNÁNDEZ DE LA MORA (*)

LA VISION ULTRAMUNDANA DE SWEDENBORG

El hombre

En una carta autobiográfica escrita a su seguidor, el clérigo Tomás Hartley, en 1769, Manuel Swedenborg manifiesta que nació en Estocolmo el 29 de enero de 1688, hijo del obispo protestante J. Swedberg, quien consiguió que la reina Ulrika ennobleciera en 1718 a Manuel el cual adoptó el apellido Swedenborg y adquirió el derecho a participar en el estamento aristocrático de la Dieta sueca. Antes, en 1716, había sido nombrado asesor del Colegio de Minas, puesto que desempeñó hasta que renunció a él para entregarse a los estudios teológicos y al trato con los espíritus de los muertos. Los escritos «previsionarios» de Swedenborg son numerosos, y entre ellos destacan los de mineralogía —*Regnum minerale*, 3 vols, Leipzig, 1734—, cuya parcial traducción inglesa se publicó con otros trabajos en el volumen *Scientific and philosophical treatises* (1908). Confiesa que se le apareció Dios y le llamó para que se consagrara a la religión, y así lo hizo con una entrega de la que dan elocuente testimonio miles de páginas escriturísticas y teosóficas. Estas son sus propias palabras: «Yo fui llamado al oficio divino por el Señor mismo, que con la mayor benevolencia se me apareció, a mí su siervo, el año 1743, abrió mi vista sobre el mundo espiritual, y me permitió conversar con los espíritus y los ángeles, estado en el que he continuado hasta hoy» (en *Posthumous theological*

(*) Sesión del martes 11 de noviembre de 1988.

works, trad. J. Whitehead, Nueva York, 1978¹², vol. I, pág. 7). El lugar de la aparición fue la villa holandesa de Delft, según su biógrafo, W. White (*Enmanuel Swedenborg, his life and writings*, Londres, 1868², pág. 121. Aunque incompleta a pesar de su extensión, vid. J. Hyde: *A bibliography of the works of Enmanuel Swedenborg*, Londres, 1906, 744 págs).

En 1747 empezó a escribir su *Diarium spirituale*, que se publicaría con carácter póstumo entre 1843 y 1860, y *Arcana coelestia*, cuyos ocho volúmenes aparecieron entre 1749 y 1756. Esta obra, que tuvo una repercusión internacional, era una minuciosa interpretación de los dos primeros libros del Antiguo Testamento, acompañada de revelaciones que fueron ampliadas espectacularmente en sus tratados *De telluribus*, *De coelo et inferno*, *De ultimo juicio* y *De nova Hierosolyma et ejus doctrina coelesti*, los cuatro publicados en 1758 con la apostilla en los títulos «ex auditis et visis», o sea, según lo que en el más allá «he oído y he visto».

Fue objeto de un proceso por presunta heterodoxia en Estocolmo, y residió en Inglaterra y Holanda. En su lecho de muerte el pastor Arvid Ferelios, que le asistía, le invitó a retractarse de sus visiones, y Swedenborg, replicó: «Todo lo que yo he escrito es tan verdad como que usted me ve ante sus ojos, y más habría dicho si se me hubiera permitido». Falleció en su exilio londinense en 1772, y en 1908 sus restos fueron trasladados a la catedral de Upsala. Dejó numerosísimos escritos inéditos que han ido siendo publicados, entre ellos *El Apocalipsis explicado* (4 vols., 1785-89), donde la exégesis imaginativa alcanza niveles elevadísimos.

El historiador masón M. Reghellini, en su libro *Esprit du dogme de la Francmaçonnerie* (1826), incluyó a Swedenborg entre los más ilustres miembros de las logias. Desarrolló esta tesis el también masón S. Beswick en su libro *The Swedenborg rite* (1860). Pero tal adscripción todavía no ha podido comprobarse. Lo cierto es que algunos reformadores masónicos, como Antonio Perneti y Benedicto Chastanier, constituyeron en 1760 una logia en Avignon que instauró el llamado «rito de Swedenborg», llevado a Inglaterra por Chastanier y, desde allí, a los Estados Unidos.

Los discípulos del sueco publicaron, durante casi medio siglo, en Boston «New Jerusalem Magazine» (1828-72), y luego «New Church Review» (1894-1933), y allí continúa activa la Swedenborg Foundation.

Sus seguidores constituyeron una secta reformada, la nueva Iglesia o Nueva Jerusalén, y se han ocupado hasta hoy de traducir al inglés y de reeditar constantemente la mayoría de sus escritos.

El cielo y el infierno

Swedenborg publicó su obra *De caelo et ejus mirabilius et de inferno ex auditis et visis* en 1758. La primera traducción inglesa, con el título ya consagrado de *Heaven and hell*, data de 1778, y desde entonces han aparecido unas veinte, la última la de G. F. Dole (Nueva York, 1976), reimpresa por cuarta vez en 1984, que omite los

centenares de notas en que Swedenborg señala las concordancias con su *Arcana Coelestia*. Citaré los párrafos según la más reciente edición latina (Londres, 1982), que sigue la primera con las correcciones señaladas por el autor y aceptadas por J. F. I. Tafel y S. H. Worcester en sus respectivos textos.

En el prólogo escribe Swedenborg: «Durante treinta años se me ha permitido estar con los ángeles y hablar con ellos como de hombre a hombre, y ver lo que hay en el cielo y en el infierno» (CI, pág. 11). Afirmaciones similares se repiten constantemente desde el mismo título.

«El cielo está dividido en dos reinos, el celestial y el espiritual» (CI. 25) y en tres regiones, «La íntima o tercer ciclo, la intermedia o segundo y la externa o primero» (CI. 29), que están incomunicadas salvo expresa decisión divina (CI. 35). A su vez, las regiones están divididas en «sociedades» o comunidades (CI. 41). El reino celestial es el de Dios, y el espiritual, el de los ángeles (CI. 146). El cielo es como una gran persona (CI. 59) o «Maximus homo» (CI. 96), donde cada parte cumple una función (CI. 64): unos están en el cuello, otros en las rodillas, y así sucesivamente (CI. 65). Este paralelismo o correspondencia lo lleva el autor hasta sus últimas consecuencias anatómicas en *De caelo* (CI. 94, etc.) y, sobre todo, en el *Diario*. La extensión del cielo es «indeterminada» y no «mensurable» (CI. 85). No obstante, hay norte, sur, este y oeste (CI. 141).

«Los ángeles tienen forma humana y —afirma— así los he visto miles de veces» (CI. 74); «poseen cara, ojos, oídos, pecho, brazos, manos y pies», pero «no están revestidos de cuerpo material» (CI. 75). «Rechazo, pues, que sean mentes sin forma o gases etéreos pues tienen efigie humana y ven, oyen y sienten lo mismo que los que están en este mundo» (CI. 77).

En la llamada «Edad de Oro» «los antiguos pobladores de nuestra Tierra fueron hombres espirituales que hablaban con los ángeles» (CI. 115). Luego vinieron las edades de plata y bronce; ahora estamos en la de hierro (CI. 115). Ha habido, pues, una progresiva degradación de la condición terrestre.

La faz de Dios es «radiante» (CI. 112). «Al ojo derecho Dios se presenta como el Sol, y al izquierdo como la Luna» (CI. 118). Y por eso, «los antiguos cuando rendían culto a Dios se tornaban hacia el Sol en el Este» (CI. 119). «En el cielo la distancia entre el Sol y la Luna es de treinta grados» (CI. 146).

«Los ángeles son individuales» (CI. 157) y, por lo tanto, difieren unos de otros: «tienen los mismos sentidos que el hombre» (CI. 170), y Swedenborg declara «haber hablado con ellos como un hombre con otro» (CI. 174). Los ángeles que habitan el tercer cielo están «desnudos» (CI. 175), los demás llevan «diferentes vestidos» (CI. 581); viven en «casas» (CI. 183) con «gabinetes, salones, dormitorios, patios, huertos, jardines y praderas» (CI. 184); son gobernados por «prefectos que administran según las leyes» (CI. 215); «poseen templos en los que se adoctrina y predica» (CI. 221) «desde un púlpito situado al este» (CI. 223) por aquellos a quienes «designa Dios» (CI. 226). «El poder de los ángeles es tal que por un esfuerzo de la voluntad o una mirada arrasan y mueven montañas» (CI. 229). «En el cielo hay para todos una misma lengua» (CI. 236) «que nada tiene en común con los idiomas humanos, salvo algunas palabras que revelan afectos» (CI. 237),

«un vocablo expresa lo que el hombre no puede con mil» (CI. 239). Pero cuando «los ángeles hablan con un hombre utilizan la lengua de la persona» (CI. 246). En el tercer cielo hay «escritos con trazos curvos o circunflejos» (CI. 259), «en los otros cielos las letras son similares a las de la tierra» (CI. 261); también utilizan números (CI. 263). «Los ángeles continuamente perfeccionan su sabiduría» (CI. 273) que en el caso de los que habitan el tercer cielo «excede a cuanto se puede decir» (CI. 270).

«En todo el cielo no hay un sólo ángel que fuese creado desde el principio, ni en el infierno hay un diablo que fuera creado como ángel de luz y luego arrojado, sino que tanto en el cielo como en el infierno todos proceden del género humano» (CI. 312). De esto se deduce que «el interior del hombre, o sea, lo que se denomina espíritu, es esencialmente un ángel que cuando se separa de su cuerpo terrenal conserva su forma humana y es un ángel» (CI. 314). En suma, «el hombre fue creado para convertirse en un ángel» (CI. 315).

La información que tiene Swedenborg sobre el infierno es fragmentaria porque «el infierno en general no se le ha dejado verlo tal cual es» (CI. 553). El fuego y el rechinar de dientes de que se habla son metáforas del egoísmo y amor del mundo (CI. 570) y del «continuo choque y pugna entre falacias» (CI. 575). Hay muchísimos infiernos concretos y Swedenborg ha visto algunos de ellos: «antros y cavernas, grandes grietas y precipicios» (CI. 585). «La mayoría de los infiernos está dividido en tres pisos: el superior, caliginoso, y el inferior, ardiente» (CI. 587). «Los peores infiernos están en la región septentrional, los más suaves en la meridional» (CI. 587).

El mundo de los espíritus

«El mundo de los espíritus no es ni el cielo ni el infierno, es un lugar o estado intermedio entre ambos: es allí a donde primeramente va el hombre después de su muerte». Luego, «tras un determinado tiempo es elevado al cielo o arrojado al infierno, según haya sido su vida en la tierra» (CI. 421). Unos permanecen allí «sólo unas semanas, otros varios años, pero nunca más de treinta» (CI. 426). Los espíritus «ven, oyen y sienten, como los hombres, después de abandonar su cuerpo» (CI. 434). Y declara Swedenborg: «yo he hablado con ellos como con un hombre en su cuerpo físico» (CI. 436) porque «la forma del espíritu en un hombre es la forma humana» (CI. 453).

Después de la muerte, el espíritu de una persona atraviesa tres estados diferentes y sucesivos. «En el primer estado es similar al que tenía en el mundo..., la misma faz, el mismo lenguaje, el mismo carácter» (CI. 493). «Casi todos desean saber si irán al cielo» (CI. 495). «El primer estado dura para algunos unos días, para otros meses o un año, raramente más de un año» (CI. 495).

En el segundo estado, los espíritus se hacen más auténticos y transparentes: «el pensamiento y la voluntad se identifican» (CI. 503), «se manifiestan tal como eran en el mundo» (CI. 505) y «se hace público cuanto privadamente hicieron o

dijeron en la tierra» (CI. 507). Al final de este segundo estado «los buenos espíritus se separan de los malos» (CI. 511).

El tercer estado es sólo para los espíritus que van a ir al cielo, es el de «instrucción» (CI. 512) a cargo de los ángeles (CI. 513). Cuando este período termina, «los espíritus son revestidos con túnicas angélicas... y puestos en la vía que eleva hacia el cielo» (CI. 519). Y se convierten en ángeles.

Los espíritus terrestres

En 1746, Swedenborg empezó a escribir unos cuadernos de apuntes a los que se refería como *Memorabilia* o notas dignas de ser recordadas; la última está fechada el 29 de abril de 1765. Es dudoso que estos apuntes, que se extienden a lo largo de casi veinte años, fueran redactados para su publicación; son desordenados, muy reiterativos, estilísticamente pobres y, en ocasiones, esquemáticos y aún crípticos. Lo más probable es que fuesen materiales para sus libros y, efectivamente, muchos de esos textos, refundidos, pasaron a obras posteriores. El manuscrito latino fue editado por Tafel, con carácter póstumo, bajo el título *Diarium spirituale* (4 vols., 1843-46), que es el mantenido en la traducción de W. H. Acton, A. W. Acton y J. F. Bush, *Spiritual Diary* (5 vols., 1846-1902). La versión inglesa unifica todos los fragmentos disponibles, reconstruye los primeros, y continúa la numeración de los párrafos hasta alcanzar el 6.110. La edición utilizada es la de la «Swedenborg Society» para el volumen I (Londres, 1974⁴), continuada por la «Swedenborg Foundation» para los cuatro subsiguientes (Nueva York, 1978⁴), que totalizan 2.276 páginas, incluidos los índices.

La principal actividad literaria de Swedenborg fue dar testimonio de las revelaciones que le hacían los espíritus que constantemente se le aparecían y con los que dialogaba mucho. Algunos eran anónimos; pero otros eran personajes históricos. «Durante muchas semanas mantuve conversaciones con Abraham, Jacob, Moisés, Aaron, Sara, Lía y Raquel», con David, quien «confesó no comprender lo que escribía» (SD. 3674), así como «con los apóstoles» (SD. 281). También se entrevistó con Nicodemo (SD. 151). Vio a María de espaldas, vestida de blanco, adorando a Jesús (SD. 5834). Especial mención hace de sus charlas con San Pedro, de quien manifiesta que «fue expulsado del cielo» (SD. 421) y con San Pablo, que en el más allá «se asoció a veces con espíritus malignos y con demonios» (SD. 456m) y por causar «disturbios» fue relegado (SD. 4562m).

En una charla con Aristóteles, que llevaba la cabeza cubierta con una especie de turbante rojizo y se vestía con una túnica a la manera de los turcos (SD. 3961), el griego le declaró que la filosofía «era tan inútil y fútil como el polvo» (SD. 3959). Swedenborg aprovecha la ocasión para atacar a los escolásticos por su «fatuidad» (SD. 3955) y porque «apenas entienden un poco de lo que dicen» (SD. 3960). Su animadversión a la lógica y la metafísica son expresas y reiteradas.

Estuvo casi un día entero con Cicerón, quien se asombró de los modernos tipos de imprenta, se manifestó teísta, menospreció a ciertos espíritus de cristia-

nos que le rodeaban y le «envidiaban» (SD. 4415-17). Permaneció varias horas con el altivo emperador Augusto, quien le enseñó la ventana oval por la que contemplaba y juzgaba a las gentes desde su palacio (SD. 4418).

Se refiere con insistencia a Atanasio, obispo de Alejandría, que convocó el importante concilio de Antioquía el año 362, donde se ratificó el credo de Nicea y le hace decir que en el otro mundo «busca al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, pero que nunca los encuentra y que, consecuentemente, es incapaz de encontrar a su Dios» (SD. 5959). En otro lugar, Swedenborg, predicando a los espíritus babilónicos, rechaza la interpretación atanasiana de la Trinidad (SD. 5840).

Entre sus interlocutores predilectos figuran Mahoma y sus seguidores, a los que profesa gran respeto. Mahoma creía que continuaba viviendo en la tierra como una simple persona y adoraba al Mesías como Dios único (SD. 344-5), y se mantenía en la fe a pesar de las tentaciones del dragón (SD. 509). En ocasiones le dictaba doctrina teológica (SD. 2996).

Swedenborg no cuenta nada bueno de los espíritus de los santos católicos. San Antonio de Padua, vestido de oscuro, declara que «no puede conducir a nadie al cielo y que incluso ignora qué es el cielo...; los espíritus se mofan de él» (SD. 4402). Le acusa de practicar magia (SD. 4566m) y de utilizar a los jesuitas como «agentes» (SD. 4567m). Ve a Francisco Javier como un «mago sutil» (SD. 4570m) y a Ignacio de Loyola «sucio como un cerdo» (SD. 4571m). La hostilidad hacia la Compañía de Jesús le lleva a situar a sus miembros en el infierno «representados por venerosas víboras» (SD. 4470). Su condena se debe a que «superan a otros en astucia y falacia» (SD. 4681).

Describe con oscuros trazos los espíritus de Carlos XI, Carlos XII y Cristina de Suecia. A esta última la presenta en polémica teológica con los espíritus del Papa y sus cardenales (SD. 6087). A los monarcas les acusa de lujuriosos (SD. 6015) y ambiciosos de poder (SD. 4763-4). Luis XIV, que habita en el otro mundo, en un Versalles idéntico al terráqueo, manifiesta haberse aparecido para que su sucesor no acepte la bula *Unigenitus*. Habló en sueños con Pedro de Rusia, quien le manifestó que todas las cosas de su país eran suyas propias (SD. 5949). A la zarina Catalina le dedica varias páginas para narrar y condenar su sensualidad; es casi un pequeño cuento erótico (SD. 6027), esta vez escrito en sueco y no en latín, como el resto del *Diario*.

Entre los reformadores, sus interlocutores más habituales son Calvino, Lutero, Melanchton y Zizendorf. Y hace declarar al espíritu del papa Benedicto XIV, que no respetó la revelación bíblica y que creía que «Dios había conferido todo su poder a los pontífices; pero que, a pesar de ello, se le debía adorar» (SD. 5844). A Calvino lo situó en el cielo y polemizando con Lutero sobre la necesidad de las buenas obras (SD. 6041). Ve a Lutero con un traje de monje negruzco, excitando a muchedumbres y no aceptando contradicción alguna porque «cree saber más que otro alguno» (SD. 5104) y esa es la causa de que «fuera arrojado al infierno frío» (SD. 5106); sin embargo «permanece entre errores» (SD. 6039). Describe a Melanchton «saliendo de su prisión» (SD. 6048); pero «ignorando quién es» (SD.

6097) como castigo por las perturbaciones que produjo su tesis de la fe sin obras.

Swedenborg declara haber hablado con el espíritu de Newton «varias veces» (SD. 6064), quien le manifestó que «Dios es el sol del cielo angélico» y que sólo hay tres colores: «el blanco de la luz, el rojo del fuego y el negro de la sombra» (SD. 6064). La contemplación del espíritu de Cristián Wolf revela que su conversión religiosa fue fingida, pues era ateo, y que «es un instrumento de los demonios» (SD. 4729); se presenta envuelto en polvo «como un deshollinador» (SD. 4744).

Swedenborg cita a un par de decenas de personajes menores fallecidos, generalmente suecos, con cuyos espíritus ha tenido relación, que suele situar en el infierno. El 14 de marzo de 1748, es decir, al comienzo de sus visiones, declara «haber hablado con una treintena de personas que había conocido cuando vivían y ya estaban muertas, y con otras treinta que aparecen en la Biblia» (SD. 1338). En septiembre del mismo año, la primera cifra se eleva a sesenta. Los espíritus con los que a lo largo de cuarenta años afirma haber establecido contacto son innumerables, pues en ocasiones constituyen multitudes inmensas.

Además de su poder de visitar el cielo y el infierno y de ver y hablar con espíritus de personas fallecidas, Swedenborg declara haber podido leer con los ojos cerrados (SD. 134) y haber escrito al dictado de espíritus (SD. 511) o con su mano movida por ellos (SD. 557).

Los extraterrestres

Swedenborg no sólo dialoga con espíritus de hombres que un día vivieron sobre la Tierra, sino con los procedentes de otros mundos, y en primer lugar, de planetas pertenecientes a nuestro sistema solar.

Los espíritus de Mercurio «que se presentan como llamas» (SD. 1421) tratan de ocultar su origen y sugieren que son «venusinos» (SD. 1424); se desinteresan del conocimiento sensorial y cultivan sólo el intelectual (SD. 1418). Le presentaron a un hombre mercuriano que, aunque de estatura inferior (SD. 3262), «no era muy distinto del terrestre» y estaba vestido de «azul marino» (SD. 1432). Agrupados en cohortes y batallones (SD. 1455), los espíritus de este planeta «viajan por todo el universo»; pero «no pueden permanecer en torno a la Tierra y la rehuyen» (SD. 1454). Tienen una memoria tan perfecta que «retienen cuanto oyen, ven y perciben» (SD. 3259). Se calculan en unos 600.000 los habitantes de Mercurio.

«Los espíritus de Venus son feroces, se deleitan en saquear y devorar lo que roban a los otros» (SD. 3346). En otros tiempos habitaron Canaán, y de ahí la crueldad de David (SD. 3346). Se matan entre sí, pero sólo para robar (SD. 3347). Los mercurianos consideran bestiales a los venusinos (SD. 1443). «Tienen una estatura gigante y los terrestres apenas les llegan al ombligo» (SD. 1450). Un hemisferio de Venus está habitado por condenados al infierno (SD. 1449); pero en el otro, donde todos son pastores de cabras, «Dios se pasea entre ellos» (SD. 1453).

Los marcianos viven en sociedad; pero «no bajo un gobierno» (SD. 1540) dada su solidaridad natural. Oyen a través de la trompa de Eustaquio y, eventualmente, por la de Falopio (SD. 1541). Su cara está dividida en dos mitades: la superior, amarillenta, y la inferior, negra, sin barba (SD. 1545). «Se visten de lana, algodón y hojas o cortezas aglutinadas con goma» (SD. 1547). Por lo demás son «como un hombre» (SD. 3251). Tienen una sutil manera de expresarse, incomprendible para los demás (SD. 889). Aunque hay algunos inadaptados que viven en cavernas, la mayoría tiene una inocencia parecida a la de Adán antes de la caída (SD. 1543). Los espíritus terrestres, por ser inferiores, no pueden permanecer en la misma esfera celeste que los marcianos (SD. 3331). Adoran al Dios único con «una profundidad, asombro y deleite indescriptibles» (SD. 3352).

Júpiter es el planeta que suscita más páginas swedenborgianas. Los jupiterinos, de cuerpo similar al humano (SD. 517), «no caminan erectos, sino deslizándose siempre con la cara hacia delante» (SD. 519), dando saltos y apoyándose en las manos (SD. 559 y 576). La temperatura les permite estar siempre desnudos (SD. 521). Son más hermosos que los terrestres (SD. 533), y su edad media es de treinta años (SD. 546). Se casan no por placer, sino únicamente para procrear (SD. 546). No toman el sol y cubren sus cabezas con un sombrero de una azulada corteza de árbol (SD. 547), la misma con la que hacen los tejados de sus cabañas (SD. 548). Adoran al sol, que identifican con Dios (SD. 563). Sus caras son el espejo de sus pensamientos (SD. 547) y hablan con un sutil movimiento, casi imperceptible, de la faz (SD. 547), una especie de flujo continuo de ideas como un murmullo (SD. 1123-4). Los jupiterinos que se consideran santos llevan un gorro en forma de torreta (SD. 588). Para comer se sientan sobre hojas de higuera, en el suelo (SD. 634). Disponen de caballos grandes como camellos y salvajes (SD. 632). No tienen pasiones, por lo que «se puede concluir con certeza que la vida de los habitantes de Júpiter es más deliciosa que la de los terrestres» (SD. 742).

Los habitantes de Saturno son pequeños, casi enanos (SD. 1519), «de la altura de mis caderas» (SD. 115), escribe Swedenborg. Rinden culto a un Dios único (SD. 1514) y preferirían morir a renunciar a su religión (SD. 1517). Se cubren con una piel, aunque nunca tienen frío (SD. 1522-23). Apenas hablan pues se expresan con los ojos (SD. 1524). Swedenborg ha hablado con espíritus saturnianos «a cientos de millas de distancia» (SD. 1532), pues en el mundo espiritual lo remoto parece próximo. Los espíritus saturnianos son superiores a los terrestres, ya que éstos los contaminan (SD. 3330).

La Luna está habitada por la raza humana; pero con algunos caracteres propios adaptados a su atmósfera. Son enanos, pero su voz abdominal es estentórea, similar al trueno (SD. 3241-45).

Además de los extraterrestres del sistema solar hay infinidad de mundos en el cosmos, con muchos de cuyos espíritus Swedenborg ha contactado; pero en el *Diario* no da nombres a los astros de los que proceden. Algunos son singulares; así, los que describe con brillantes agujijones que les crecen de las orejas y que pueden orientar en varias direcciones (SD. 3404). «Son miriadas los espíritus que

en un día entran en la vida procedentes de los mundos que hay en el universo» (SD. 2610).

En 1758 Swedenborg publicó *De telluribus in mundo nostro solari quae vocantur planetas et de telluribus de caelo astrifero* o tratado sobre los planetas de nuestro sistema solar y sobre los de otros astros, traducido al inglés bajo el título *The earths in our solar system which are called planets and the earths in the starry heaven*. Esta obra, generalmente incluida en el volumen *Miscellaneous theological works*, que en 1976 había sido dieciséis veces reimpresso por la «Swedenborg Foundation» de Nueva York, reúne, sistematiza y amplía lo que a lo largo de tres décadas venía recogiendo en su citado reiteradamente *Diario espiritual* acerca de los extraterrestres. Hay en este monográfico tratado (se citan los párrafos de la última traducción inglesa) algunas adiciones significativas a las que no es ocioso aludir brevemente.

La memoria de los mercurianos se centra sobre lo «abstracto» (*Earths of universe*, 11), están «sedientos de conocimientos» (EU. 13), y sus saberes «se incrementan eternamente» (EU. 16) aunque no los comunican a personas procedentes de otros planetas (EU. 36). Las mujeres mercurianas son «de hermosa faz, pero más pequeñas que las de la Tierra y su cuerpo es más fino..., van vestidas de azul marino» (EU. 45). La temperatura del planeta es templada, «ni demasiado cálida ni demasiado fría» (EU. 44).

Los venusinos son de dos clases: unos suaves y humanitarios, otros salvajes y bestiales (EU. 106). Estos últimos se dedican a la «rapaña» (EU. 108), y aunque muchos van al infierno (EU. 109), algunos pueden salvarse (EU. 110).

Los espíritus marcianos son en su mayoría «celestiales» (EU. 85); pero los que son perversos son separados de los demás y «viven miserablemente entre peñas» (EU. 90).

Lo mismo que en el *Diario*, los jupiterinos son los que le mercen más atención en *Las tierras del universo*. Los campos de Júpiter son fértiles, y sus habitantes «no desean más que lo necesario para vivir» (EU. 48). Han atravesado, como la Tierra, varias edades, la primera la de Oro. Se visten con un simple taparrabos (EU. 55). Sus casas son «bajas y de madera, forradas con cortezas de un pálido azul, y el techo lo decoran con estrellas» (EU. 59). Hay en Júpiter espíritus que ya instruyen, ya castigan a sus habitantes «con dolores en las articulaciones, los pies, las manos o en el epigastrio» (EU. 72). Los punitivos se presentan en una nube oscura, los pedagogos «vestidos de harpillera» (EU. 73). Cuando los espíritus jupiterinos son elevados al cielo «son conducidos en carros con caballos de fuego, como Elías» (EU. 82).

Los saturnianos «van erguidos, pero son modestos porque se estiman en muy poco» (EU. 96). Cuando son tentados de heterodoxia, amenazan con clavarse un pequeño cuchillo en el pecho (EU. 98). «Se alimentan de frutos y legumbres» (EU. 103) y se cubren con «una tosca piel que les protege del frío» (EU. 462).

Los lunáticos son «robustos, pero con la estatura de un niño de siete años» (EU. 111).

La novedad más notable de *Las Tierras del Universo*, es que, sin darles nombres, describe cinco planetas de otros astros muy alejados. Al primero tardó dos horas en llegar después de atravesar en los confines de nuestro sistema una «brillante y densa nube y, después, un humo ardiente que brotaba de una sima» (EU. 128). En este primer planeta encontró «praderas, bosques con frondosos árboles, y ovejas» (EU. 134). Vio a un hombre de porte altanero y a una mujer de aspecto humilde que llevaba una prenda con la que podía velarse (EU. 134). Los condenados a su infierno tenían «caras monstruosas» (EU. 137).

El segundo planeta extrasolar, mucho más distante, exigió «dos días» de traslación espiritual (EU. 138). Posee prados, jardines, árboles frutales, lagos con peces, pájaros de alas doradas y animales varios, pero sus habitantes no comen carne (EU. 144). Sus ojos y narices son pequeños (EU. 146). Vio a una mujer con una túnica ornada de rosas multicolores, tejida de fibras vegetales y confeccionada con un líquido aglutinante (EU. 146). Hay prostitutas, pero cuando mueren «son convertidas en hechiceras y lanzadas al infierno» (EU. 147).

En el tercer mundo lejano hay templos construidos con árboles hábilmente plantados, a los que se va dando forma abovedada, y los huecos de las ramas laterales son rellenados con cristales multicolores (EU. 151). Las casas son aisladas y oblongas, y en ellas brilla una madera luminosa (EU. 152-3).

Al cuarto mundo extraplanetario tardó diez horas en llegar. Vio a una mujer con guirnaldas de flores en la cabeza (EU. 162). Unos van desnudos y otros vestidos (EU. 164). Las casas están hechas de tierra y techadas con hierbas; sus cosechas son de un trigo como el chino, tienen granadas y fabrican un vino de bayas (EU. 166).

El quinto planeta extrasolar exigió doce horas de viaje (EU. 168). A él habían llegado misioneros terrestres —se supone que católicos— «para esclavizarlos» (EU. 169 y 172). Las casas son bajas, con aleros (EU. 176). Hay señores y criados, y beben leche con agua (EU. 176). La primavera y verano son perpetuos y todo está siempre verde y fructificando. Para la elección de parejas, los varones contemplan a las vírgenes núbiles, desnudas de cintura para arriba y situadas tras unos biombos que les cubren la mitad inferior del cuerpo (EU. 504). Impera la monogamia.

Pero, como repite Swedenborg, hay miriadas de mundos.

SWEDENBORG Y KRAUSE

La introducción en Alemania

Como minerólogo, Swedenborg visitó Brunswick en 1722, a cuyo duque dedicó los tres volúmenes de sus *Opera philosophica et mineralia*, impresas en Leipzig (1725), y siempre mantuvo relaciones con gobernantes, estudiosos y clérigos germanos. Una de las primeras obras traducidas al alemán fue *De telluribus* con el

título *Von den Erdkörpern und Planeten* (1770). En 1775 se vertió *De coelo* con el título *Vom Himmel der Geisterwelt und der Hölle*. Posteriormente vieron la luz las versiones alemanas de *De nova Hierosolyma*, con el título *Vom Neuen Jerusalem* (Frankfurt, 1776), y de *De vera religione*, con el título *Die Christenreligion in ihrer Echtheit* (Tubinga, 1831). Otras obras menores o tardías, como *Doctrinae vitae*, también fueron traducidas al alemán (*Lebenslehre für das neue Jerusalem*, Amsterdam, 1763). Entre 1823 y 1831 apareció en ocho volúmenes la traducción de J. Tafel, *Göttliche Offenbarungen* y los seis tomos de *Himmlische Geheimnisse* entre 1845 y 1863.

Ernesto Benz dedicó un erudito libro —*Swedenborg in Deutschland* (Frankfurt am Main, 1947)— a las vías de penetración de las visiones swedenborgianas entre los germanos y especialmente al pastor luterano Federico Oetinger, amigo y traductor y, además, divulgador de Swedenborg a través de la obra *Irdische und himmlische Philosophie* (2 vols., 1765), que fue denunciada como heterodoxa en el «Göttingscher Anzeiger von gelehrten Sachen» (núm. 26, 1766) y secuestrada por orden del Gobierno de Wurtemberg a petición del consistorio eclesiástico de Stuttgart. Oetinger pleiteó en su defensa, y en 1771 publicó *Beurtheilung der wichtigen Lehre von dem Zustand nach dem Tod und der damit verbundenen Lehren Swedenborgs*. Oetinger escribía a su amigo Hartmann el 22 de marzo de 1772: «Los libros de Swedenborg son aquí muy raros» (vid. F. C. Ehemann: *Oetingers Leben und Briefe*, Stuttgart, 1859); pero, aunque tal afirmación fuera localmente cierta, no niega la difusión de las revelaciones en el área cultural alemana. La repercusión de los swedenborgianos está confirmada por la discutida carta de Kant a Carlota rer, vol. IX, Berlín, 1918, págs. 34-39.

Kant, «apremiado por las peticiones de amigos» (*Träume eines Geistersehers*, en *Werke*, ed. Cassirer, Berlín, 1912, vol. II, pág. 384), compró y leyó los ocho volúmenes de *Arcana Coelestia* cuyo último tomo había aparecido en 1756 y, para que «ese esfuerzo no se perdiera» (p. 332), escribió el opúsculo *Sueños de un visionario* que publicó en 1766. Es una crítica implacable de Swedenborg a quien considera «archivisionario entre los visionarios y archifantástico entre los fantásticos» (p. 370), «el más inflexible de todos los exaltados» (p. 382), y «candidato al hospital» (p. 364). La obra del sueco es «fantasmagórica» (p. 370) «disparatada y necia» (p. 374), «llena de absurdos», en suma, «totalmente vacía de cualquier gota de razón» (p. 376). Son los más descalificatorios juicios que jamás brotaron de la pluma kantiana.

Las relaciones entre la teosofía y la masonería alemana son estrechas. En 1754 el judío Martínez de Pasqually (o Pachalis) (1700-1779) fundó en París una secta masónica cuyo «punto más destacado fue la introducción de la teosofía, el ocultismo y la alquimia en las logias» (E. Benz: *Les sources mystiques de la philosophie romantique allemande*, 1968, 1987², pág. 69). Discípulo destacado de ese enigmático personaje fue el también masón L. C. de Saint-Martin, entre cuyos libros teosóficos destacan *Des erreurs et de la vérité* (1775) y *Tableau naturel des rapports qui existent entre Dieu, l'homme et l'univers* (1782). Como escribe Benz, «Saint-Martin

empezó a ser introducido en Alemania por la masonería germana, que se distinguía de la francesa por su carácter más religioso que político y cuyas tradiciones estaban más bien fundadas en la teosofía» (*op. cit.*, pág. 80). El primer libro de Saint-Martin (1743-1803), traducido al alemán por M. Claudius en 1782, fue repartido gratuitamente en el congreso masónico de Wilhelmsbad, inaugurado el 15 de julio del mismo año, y desencadenó una gran polémica en la que intervinieron, entre otros, Herder y Goethe. Antes, F. C. Oetinger había divulgado a Swedenborg en Alemania. En este teosofismo masónico, que influyó en F. von Baader y en F. W. J. Schelling, se formó Krause.

Krause, admirador de Swedenborg

Carlos Cristián Federico Krause (1781-1832) no fue, como he señalado en otras ocasiones, un filósofo propiamente dicho, sino un teósofo con ribetes de místico, cuya suprema empresa vital fue reformar la masonería para convertirla en el motor moral de una Federación de la Humanidad o Estado planetario y, eventualmente, universal, puesto que Krause creía, según las revelaciones de Swedenborg, en la existencia de extraterrestres.

En el último años de su vida, Krause dio a la prensa el tomo *Geist der Lehre Immanuel Swedenborgs* (ed. Fleischmann, Munich, 1832, 162 págs.). Firmó la introducción sólo con la inicial de su apellido; pero la autoría es indiscutible porque este título lo incluyeron sus editores en el inventario de publicaciones krausianas que solían insertar al final de las numerosas obras póstumas que fueron publicando hasta principios del siglo XX. La casi totalidad del volumen consiste en textos de Swedenborg seleccionados de sus obras latinas y, sobre todo, de las numerosas traducidas al alemán entonces disponibles. Hay una segunda edición con análogo título, *Der geistige Inhalt der Lehre Immanuel Swedenborgs* (ed. Renatus, Lorch, 1833) en la que desaparece la inicial de Krause y sólo figura el patrocinador de ambas impresiones y amigo del teósofo, J. M. Vorherr.

El volumen consta de una breve carta de Krause a Vorherr, de una introducción también de Krause, de una antología de textos swedenborgianos, de una especie de catecismo en el que se expone la doctrina del visionario en preguntas y respuestas, y de un índice de materias.

En la carta abierta de envío, Krause se declara autor de la obra «que ha concluido, animado» por el propio Vorherr, y se confiesa movido por el propósito de «dignificar las enseñanzas y el empeño» del «respetabilísimo y venerable varón que debe ser reivindicado».

En la introducción afirma Krause:

«Desde el punto de vista puramente científico, el sistema de Swedenborg es un dogmatismo espiritualista e idealista que merece la misma consideración que, por ejemplo, el de Malebranche. Si se dijera que no se le puede tener por filósofo a causa de que su sistema se

funda en las fuentes de la religión cristiana y en sus personales revelaciones íntimas, habría que hacer lo mismo y dejar de lado a los más profundos pensadores medievales y a todos los modernos filósofos que se han conducido de modo similar... La dignidad de este hombre honesto, veraz y piadoso, no ha sido negada, en cuanto yo sé, por nadie respetable. Cuando Kant calificó a Swedenborg como el archifantástico entre los fantásticos incurrió en una precipitación indigna de tan gran pensador... No soy miembro o adepto de la nueva Iglesia fundada por Swedenborg. En cuanto investigador de la verdad no me adhiero al sistema de Swedenborg como un todo, pero coincido con muchas de sus principales enseñanzas. Tampoco soy maestro o funcionario de comunidad religiosa alguna, aunque he estudiado la teología cristiana... Me gustaría que todos los sectores cristianos participaran de la sencilla y piadosa moral que Swedenborg ha expresado de modo tan luminoso y penetrante».

Krause cita los libros de Swedenborg que ha utilizado y destaca, en preferente lugar, *De nova Hierosolyma* (1758) según una traducción alemana de L. Hofaker, *Die neue Kirche des Herrn* (Tubinga, 1830), y como fuente monográfica sobre Swedenborg se remite al artículo correspondiente del diccionario masónico en que Krause colaboró, *Encyclopädie der Freimaurerei* (Leipzig, 1822-1828), preparado por H. Hesse, reelaborado por F. Mossdorf, firmado con el pseudónimo C. Lenning, y posteriormente reeditado y ampliado (1861-1879 y 1900-1901).

La nueva Jerusalén y su doctrina celeste según lo escuchado en el cielo es una de las obras esenciales de Swedenborg cuya original redacción latina fue publicada en Londres el año 1718, pronto traducida al inglés y luego al danés, holandés, francés, alemán, italiano, islandés, ruso, sueco y galés. Consta de dos introducciones y veintitrés capítulos, divididos en 325 párrafos que ocupan 205 páginas en la versión inglesa de la «Swedenborg Foundation» (Nueva York, 1976¹⁶). El autor se resume a sí mismo y hace varios centenares de autocitas de libros anteriores, principalmente *Arcana*, *De coelo*, y *De ultimo juicio*. Como la mayoría de los textos elegidos por Krause proceden de esta obra, su *Geist* resulta una selección de la antología que de sus propios escritos había elaborado Swedenborg.

En su anotación de 29 de agosto de 1816, escribe Krause: «Swedenborg dice que el hombre nada puede afirmar de Dios... sólo a sí mismo no por sí mismo, sino en contraposición a otro hombre o a Dios, como ser dentro de la esencia de Dios» (*Anschauungen*, Leipzig, 1890, vol. I, pág. 190). El 11 de octubre de 1816 describe un sueño clarividente acerca de «un mundo exterior» y aclara que Swedenborg ha tenido vivencias análogas (*Op. cit.*, vol. I, págs. 190-91). El 22 de enero de 1817 vuelve a remitirse a Swedenborg porque éste advirtió que «hay quienes tienen la cabeza en la luz» (*Op. cit.*, vol. II, pág. 15). El 23 de septiembre de 1819 incluye a Swedenborg entre los grandes místicos («Gottinniger») como Plotino, Filón y Böhme (*Op. cit.*, vol. III, pág. 355).

En la primera de sus obras póstumas, que dejó enteramente preparada para

la imprenta —*Die absolute Religionsphilosophie* (3 vols., Gotinga, 1834, 1836, 1843, vol. II, pág. 80)— Krause adujo «la enseñanza de Swedenborg de que Dios sólo se aparece al espíritu humano como hombre infinito, y la Humanidad como Humanidad infinita». Y en su representativo resumen *Reine allgemeine Vernunftwissenschaft*, reelaborado hasta el final de su vida y editado con carácter póstumo en 1886, Krause, que era muy remiso a citar otros autores, se refiere tres veces al sueco. «Ciertos hombres constituyeron una excepción, como Swedenborg, quien asegura haber visto exteriormente, yendo por la calle, con la misma claridad y precisión general que internamente con el espíritu» (trad. esp., Madrid, 1986, pág. 154). «Notable es el estado magnético natural en que cayó Swedenborg a edad ya avanzada y en el cual permaneció intermitentemente hasta su muerte. Según su descripción, veía espíritus puros y hombres de otros cuerpos celestes, y con ellos conversaba; pero simultáneamente veía también, a menudo, el mundo exterior con los ojos de su cuerpo» (*Op. cit.*, págs. 169-170). Esta conjunción del conocimiento sensorial y del visionario la ratifica Krause: «No se puede ver ningún motivo por el cual estados unilaterales opuestos —el de la vigilia y el de la vigilia interna— no vayan a entrar simultáneamente en unión... Yo mismo he experimentado en una enferma la unión de ambos estados; parece que Swedenborg también fue objeto de algo semejante, igual que Jesús» (*Op. cit.*, pág. 175). No sólo cita como argumentos probatorios las supuestas experiencias sobrenaturales del sueco, sino que las compara con las de Cristo.

Y en el libro donde desarrolló su intuición ética radical, *Der Menschheitbund*, también editado con carácter póstumo en 1900 y del que había ofrecido varios anticipos fragmentarios, Krause volvió a citar admirativamente a Swedenborg por sus revelaciones acerca de hombres extraterrestres (pág. 184).

Las remisiones de Krause a la autoridad de Swedenborg se remontan por lo menos a 1816 y se prolongan hasta el final de la vida del germano, ya que consagró al visionario el último libro que dio a la imprenta, en 1832, año de su muerte. Es probable su conocimiento directo de *Arcana coelestia* y es indudable su familiaridad con el tratado de Oetinger sobre Swedenborg (1765), con las traducciones al alemán que éste hizo de obras del sueco (1763, 1770, 1774 y 1776) y con las inmediatas versiones germanas de Hofaker (1830 y 1832). Swedenborg fue uno de los «dii maiores» de Krause.

La deuda de Krause con Swedenborg

Ernesto Benz, en sus citados libros, y Federico Horn, en su monografía *Schelling und Swedenborg* (1954), han puesto de manifiesto la corriente ocultista que, sobre todo, en el primer tercio del siglo XIX hizo mella en algunos pensadores germanos; pero hay que añadir que ese influjo en ninguno fue tan constante y dominador como en Krause.

Su propio testimonio es definitivo. El 14 de diciembre de 1815 Krause escribe a su padre desde Dresde: «Mi construcción de la ciencia coincide totalmente con

las enseñanzas fundamentales de los místicos» (*Brifwechsel*, 1903-1906, vol. I, pág. 441). En una anotación de 1799 cita a Böhme, y varias veces a Miguel de Molinos y a otros a los que califica de «maestros» (*Anschauungen*, vol. I, págs. 171 y 184). En 1818 se remite a los sufíes y a los «iluminados» (*Op. cit.*, vol. III, pág. 257). El orientalista contrarrevolucionario francés A. Anquetil-Duperron tradujo al latín una selección persa de casi 60 fragmentos de las más de doscientas *Upanishads* sánscritas (Radhakrishnan transliteró y tradujo al inglés en 1953 las 18 principales). Dio a su versión el título corrupto *Oupnek'hat* (2 vols., 1801-2). Este primer testimonio occidental de la mística hindú clásica fue calurosamente acogido por las varias corrientes del esoterismo europeo y muy especialmente por Krause, que reiteradamente recomienda el libro como una lectura fundamental. Pero su favorito es Swedenborg.

Toda la obra de Swedenborg posterior a su llamamiento de Delft es una meditación en torno a Dios y a la vía humana para acceder a la divinidad. Y toda la obra de Krause, tanto la del período masónico como la subsiguiente que corresponde a lo que denomina *Ciencia universal pura de la razón*, es una introducción a Dios. La principal diferencia es que las fuentes de Swedenborg son una parte de la Biblia (no admite como canónicos a muchos de los libros sapienciales y las epístolas apostólicas) y sus propias revelaciones sobrenaturales; su pensamiento es un híbrido de teología dogmática, kábala y misticismo. En cambio, la fuente única de Krause es la intuición intelectual y las visiones en estado hipnótico o durante el sueño, por lo que su obra es una combinación de teosofía, ocultismo y éxtasis. Pero la densa atmósfera de unción religiosa en que se despliegan las elucubraciones de ambos escritores es la misma. En este obsesivo talante divino, Krause es deudor de Swedenborg.

El preferente objeto de la atención swedenborgiana no son los humanos terrenales, sino sus espíritus y el mundo ultraterreno; es un explorador del más allá. Los protagonistas de sus investigaciones son Dios, los ángeles y las almas en sus diferentes estados y en los plurales cielos e infiernos. Para Krause, Dios es casi un monotema en el que se encuentra todo lo existente, especialmente las almas. Hay fragmentos krausianos que podrían insertarse en *De coelo et inferno*. Escribe el 13 de septiembre de 1826: «Quizá esté cerca el tiempo en que los muros de esta vida terrenal sean abiertos por Dios para la Humanidad. Quizá está más cerca de lo que yo intuyo el tiempo espiritual en que el individuo contemple su vida anterior y futura y esté con los espíritus de los que ya han muerto y de los que nunca han vivido sobre la Tierra. Entonces el hombre se verá a sí mismo y al prójimo como algo espiritual y digno de ser amado, una vez que se hayan soltado las ataduras de su cerebro y se hayan disipado las nieblas del anticerebro, y verá la totalidad de la Tierra y su interior, y la trama de la vida se le hará transparente. La resurrección de la ciencia del magnetismo vital y los muchos avatares prodigiosos, impresionantes, espontáneos e hipnóticos que han sucedido durante meses y años demuestran que el espíritu y la naturaleza están en camino. Cuando ambos estén maduros, dignos y preparados, Dios gritará ¡hágase la luz! El sol orgánico se

levantará, el sol del espíritu, y vendrá el reino de Dios» (*Der Menschheitbund, Nachträge*, págs. 353-354). Hay dos totalidades: «el universo de los espíritus y el universo de los cuerpos» (*Ciencia*, pág. 185). El más joven se instala en el mismo nicho mental del predecesor.

Krause comparte también con Swedenborg la pasión por lo extraordinario y prodigioso. «No hay que dar de lado —escribe en *Ciencia universal*— a leyendas y presentimientos que atribuyen al estado onírico una capacidad superior para presentir el futuro y, en general, un don adivinatorio superior, así como una intervención de espíritus puros en la fantasía del espíritu humano» (trad. esp., pág. 159). Los dos escritores respiran un aire de maravillas, casi de encantamiento. Pero el sueco ha precedido al germano en más de medio siglo y le ha influido poderosamente.

La antropología de Swedenborg se centra en la distinción entre el hombre interior o espiritual y el exterior o sensorial; y su cosmología se reduce a la «correspondencia» entre lo terráqueo y lo ultraterreno, entre el hombre individual y un «homo maximus», que es la forma que reviste el Universo. Krause cree, con términos casi literalmente swedenborgianos, en «la superior incorporación vital, en sentido ascendente, a la naturaleza y a la razón, a la vida del sistema solar y al todo inmediato que es el reino de los espíritus» (*Ciencia universal*, pág. 175).

También es swedenborgiana la mítica idea de que la especie humana terrestre ha sufrido un largo proceso de degradación desde una Edad de Oro o «Humanidad originaria —escribe Krause—, en la que se perciben armonías superiores de polifonía más rica que en la danza de las estrellas» (*Ciencia*, pág. 146); y añade que «hay que tener esperanza en su retorno en vez de conjeturar su pérdida definitiva» (*Ciencia*, pág. 192).

Y Krause sigue a Swedenborg en la convicción de que hay hombres en varios planetas, «humanidades que habitan las otras tierras del mismo sistema solar» (*Ciencia*, pág. 45), lo cual, en vez de excluir, hace verosímil la existencia de la especie en torno a otras sencillas.

Krause hace teosofía para desembocar en una moral, del mismo modo que Swedenborg penetra en el más allá y en los textos bíblicos para predicar la buena conducta. Ambos son puritanos, y Krause sigue a Swedenborg en la condena casi obsesiva de la hipocresía, en la exaltación de la filantropía y casi literalmente transcribe en su ensayo *Ueber das Ehetum* el estricto mandamiento monogámico que Swedenborg reiteró incansablemente y al que dedicó la obra *De conjugio* (1767, publicada en 1860). Los dos llevaron una vida puritana, la de Krause, casi monacal, a causa de su fracaso universitario y sus numerosísimos hijos, 12 de los cuales le sobrevivieron.

CONCLUSION

La recepción de Swedenborg por Krause no fue un episodio accidental, sino un hecho esencialmente condicionante de la actitud krausiana ante la realidad.

El método «clarividente» preconizado por el alemán, su tendencial reduccionismo de la filosofía a teosofía, los postulados espiritistas y el talante iluminado los recibió fundamentalmente del visionario a quien tanto admiraba. También en otros puntos básicos de cosmología, antropología y moral la herencia es clara.

La personalidad neurótica de Krause, aquejado de recurrente epilepsia, le predisponía hacia las asombrosas revelaciones de un personaje que se atribuía capacidades hiperconscientes. Krause, entregado desde joven a experiencias hipnóticas y parapsicológicas, encontró en el sueco un testimonio confirmatorio. La temprana adscripción de Krause a la masonería le alejó de la fe de su padre, que era pastor luterano, y tal vacío intentó colmarlo primero con el vago deísmo de las logias, luego con la utopía de una federación mística y política de la Humanidad y, finalmente, con su confuso «panenteísmo». En esa marcha hacia lo absoluto, Swedenborg, una vez separado del credo cristiano, le sirvió frecuentemente de cirineo.

La dependencia del teósofo respecto del visionario proyecta mucha luz sobre la oscura trayectoria intelectual de Krause, rueda excéntrica en el complejo mecanicismo del idealismo alemán, y explica que lo místico se le impusiera sobre lo metafísico, y que el intuicionismo y el dogmatismo desplazaran en su ánimo al empirismo y al positivismo que desde el siglo XVIII no dejarían de dominar la ciencia.

Una de las grandes paradojas de la cultura española contemporánea es que quienes pretendían ser progresistas decidieran importar, para modernizar y europeizar al alma hispana, una teosofía irracionalista, deshauciada en Alemania, y de infecundidad tan general que sólo se salvó de ella la teoría de la representación política orgánica o corporativa, desarrollada por el krausista marginal Ahrens y apenas llevada a las instituciones nacionales por sus discípulos españoles (he documentado este punto en mi libro *Los teóricos izquierdistas de la democracia orgánica*, Barcelona, 1985).

Como concepción del mundo, el teosofismo espiritista krausiano era una involución religiosa inviable. Como filosofía, el abstruso y contradictorio panenteísmo carecía de toda posibilidad creadora. Y el rigorismo moral tenía, desde el budismo hasta los cuáqueros, pasando por la milenaria y altísima ascética cristiana, modelos que relegaban a Krause a la insignificancia. Sólo una deficiente información de las logias madrileñas, que, errónea y anacrónicamente, consideraron a Krause como el filósofo por excelencia de la masonería, puede explicar una operación intelectual tan estéril.

Y el hecho de que Krause arraigue en Swedenborg acentúa la extravagancia del sistema y su reaccionarismo consustancial. Se comprende que, salvo el singular Sanz del Río, del que no conozco una sola idea filosófica original, todos los demás españoles que se autodenominaron krausistas no lo fueran en realidad y casi unánimemente ignoraran en qué consistían el método y los esquemas religiosos, cosmológicos y psicológicos preconizados por la palabra y la letra de Krause.